



En allí se dejaba oír el gran ruido de los sonos de las trompas: el rumor de las flautas y de las trompetas era tan grande, que Worms, aun siendo tan extensa, retemblaba toda. Por todas partes se veían venir á caballo los fuertes héroes.

En el campo comenzó un animado torneo entre varios caballeros; eran muchos y los jóvenes corazones se sentían animados. Bajo los escudos se veían brillar muchos y muy buenos caballeros.

Sentadas en las ventanas estaban las distinguidas mujeres y las hermosas jóvenes presenciando las fiestas de aquellos fuertes hombres, ataviados con suntuosos trajes. El jefe con sus amigos comenzó también á cabalgar.

De este modo no se les hacía largo el tiempo. Se escucharon sonar todas las campanas de la catedral. Las mujeres montaron á caballo y partieron; acompañando á las nobles reinas, iban muchos fuertes hombres.

Echaron pié á tierra ante la iglesia. Todavía Brunequilda no sentía odio ninguno. Llevando la corona entraron en la ancha nave; desde

este punto el amor se trocó en un horroroso odio.

Después de oída la misa, volvieron con la misma pompa. Llenas de alegría se dirigieron á la mesa del rey: su alegría no se interrumpió en toda la fiesta, hasta el undécimo día.

La reina pensaba: «No puedo esperar más. Aunque me cueste gran pena; Crimilda no nos hace saber por qué durante tanto tiempo, su marido, que es nuestro vasallo, nos ha tenido privado de sus servicios: no quiero dejarle de hacer esta pregunta.»

Esperó la ocasión que le aconsejaba el demonio: la fiesta y los placeres los transformó en dolores y lágrimas. Lo que tenía en su corazón debía llegar: por esto muchos países experimentaron grande aflicción.

XIV

COMO SURGIÓ LA CUESTIÓN ENTRE LAS DOS REINAS.

Un día, antes de vísperas, los guerreros movían gran alboroto en el patio del palacio. Para pasar el tiempo, se entretenían en juegos caballerescos y la multitud se había agolpado para verlos.

Sentadas la una junta á la otra estaban las dos poderosas reinas y pensaban en los dos héroes tan dignos de admiración. La hermosa Crimilda dijo: «Tengo un esposo á cuyo poder deberían estar sometidas todas las tierras de este país.»

La señora Brunequilda le respondió: «Eso podría suceder únicamente cuando tú y él vivierais solos, pero en tanto que Gunter viva, cosa semejante no puede suceder.»

Crimilda le replicó: «Mira hacia allá abajo, como él se adelanta majestuosamente delante de los demás guerreros á semejanza de la luna brillante entre las estrellas. Con razon yo me siento orgullosa.»

Brunequilda le dijo: «Por arrogante, leal y hermoso que sea tu marido, debes anteponer á tu hermano Gunter

el héroe, tu noble hermano. Debes saber que éste, sin réplica ninguna, debe preceder á todos los reyes.»

Crimilda dijo á su vez: «Es tan digno de afecto mi esposo, que no lo he alabado sin motivo. Grande es su gloria en muchas cosas, ¿no lo crees tú así Brunequilda? Por lo menos es igual á Gunter.»

«Menester es Crimilda que no comprendas mal lo que te digo, pues nada ha sido con mala intención. Oí decir á ambos el día en que ví al rey por primera vez, en el día en que se cumplió su deseo de tomarme por mujer

en el que conquistó mi amor de una manera tan caballeresca, que Sigfrido no era más que un vasallo del rey: por esto lo he considerado también como mío.» La hermosa Crimilda le dijo: «En tal caso hubiera yo sufrido grave daño.»

«De que modo mis nobles hermanos hubieran consentido en verme de este modo mujer de un vasallo. Yo te pido, Brunequilda, amistosamente, que dejes de hablar así, por la buena y en gracia á mi cariño.»

La reina respondió: «De ninguna manera lo haré: ¿cómo he de prescindir del servicio personal de tantos caballeros como nos están sometidos, con el héroe, por derecho de vasallaje?» Crimilda la hermosa comenzó á sentirse fuertemente irritada.

«Puedes desde luego renunciar á ello, pues jamás lo verás á tu servicio. Él está mucho más alto que mi hermano Gunter, el noble héroe. Dejarás pues de decir lo que de tu boca he oído.

«Extraño por demás me parece, que si es tu vasallo, que si sobre los dos tienes tan alto poderío, te hayas privado durante tanto tiempo del tributo de nuestros servicios. Mucho me hace sufrir tu impertinencia, no sin motivo.

«Muy altiva te pones» le replicó la reina. Ahora quiero ver si rendirá tantos honores á tu persona como á la mía.» Las mujeres se sentían ambas poseídas de la mayor cólera.

Crimilda dijo á su vez: «Pues bien, lo veremos: ya que te has atrevido á sostener que mi Sigfrido es un vasallo, los guerreros de ambos reyes decidirán hoy si debo entrar en la iglesia antes que la reina.

«Menester es que hoy mismo veas que soy noble y libre y que mi marido goza de mayor consideración que el tuyo. En este asunto no quiero sufrir ultraje. Hoy mismo verás que la esposa de tu vasallo

marcha en la corte ante todos los héroes del país de Borgoña. Quiero probar que mi dignidad es más elevada que la de ninguna esposa de rey que haya llevado corona.» Entre las dos mujeres se había levantado un odio furioso.

Brunequilda le respondió enseguida: «Si no quieres aparecer como vasalla mía, debes separarte con tus mujeres de mi acompañamiento, cuando vayámos á la catedral.» «Por mi fe» contestó Crimilda «así se hará.»

«A vestirse mis damas» añadió Crimilda: «es menester que mi dignidad aparezca hoy sin deshonor; menester es que mostréis tener buenos vestidos. Así se vea obligada á desmentir lo que me ha dicho.»

Fácil era de obedecer semejante mandato: ellas buscaron sus más ricos vestidos. Magníficamente ataviadas aparecieron mujeres y doncellas. Avanzó con su acompañamiento la noble esposa del príncipe; también estaba suntuosamente adornado el hermoso cuerpo de Crimilda.

Cuarenta y tres vírgenes que había llevado á las orillas del Rhin la acompañaban: llevaban ricas telas tejidas en la Arabia. De tal manera, las jóvenes se dirigieron á la catedral. Los guerreros de Sigfrido las aguardaban delante del palacio.

Las gentes manifestaban extrañeza por lo que ocurría. Veían á las dos reinas separadas caminando la una distante de la otra y no juntas como era costumbre. Después de aquello más de un guerrero experimentó inquietud y sufrió desgracia.

Delante de la catedral estaba parada la esposa del rey Gunter. Muchos caballeros experimentaban gran placer contemplando á las hermosas mujeres. Pero mirad como se acerca la noble Crimilda con muy notable séquito.

Cuanto en traje pudo llevar la hija de un noble caballero, era un soplo si se compara con los que llevaban las de su acompañamiento. Ella también llevaba sobre sí, tantas riquezas, que treinta esposas de reyes no hubieran podido ostentarlas.

Aunque de intento se hubiera querido, no se habría podido decir que se habían llevado trajes tan ricos como aquellos que llevaban. Sin el deseo de mortificar á Brunequilda, no le habría dado tanta importancia Crimilda.

Llegaron juntas ante la catedral: la señora de la casa del rey, movida por la furiosa cólera, mandó á Crimilda que se detuviera. «Ante la esposa de un rey no se debe poner la mujer de un vasallo.»

Así le contestó la hermosa Crimilda, animada por el furor. «Mejor fuera para tí haberte callado. Tú has deshonrado tu hermoso cuerpo: ¿cómo la concubina de un hombre puede llegar á ser esposa de un rey?»

«¿A quién has llamado aquí concubina?» preguntó la esposa del rey. «A tí», respondió Crimilda «tú hermoso cuerpo lo ha poseído primero Sigfrido, mi amado esposo: no es mi hermano quien te ha hallado virgen.»

«¿Dónde estaba tu espíritu? ¿Es por criminal capricho por lo que te dejabas poseer del que era tu vasallo? Con razón» siguió Crimilda «te quieres quejarte de lo que digo.» «Por mi honor» replicó Brunequilda «todo esto lo diré á Gunter.»

«¿Qué me importa á mí? Tu orgullo te ha engañado: en tu discurso me has puesto como vasalla tuya. Con ello me has inferido una herida que me durará toda la vida: jamás te otorgaré ni mi afecto, ni mi confianza.»

Brunequilda rompió á llorar: Crimilda pasó delante y entró en la catedral con su acompañamiento primero que la esposa del rey. El odio se hizo mayor. Más de unos ojos alegres vertieron lágrimas por aquella cuestión.

Por más que se servía á Dios y se cantaba en honor suyo, á Brunequilda le pareció el tiempo muy largo. Sentía abatido el cuerpo y el espíritu: por esto tenían que ser víctimas muchos guerreros fuertes y buenos.

Brunequilda con las de su acompañamiento, se colocaron delante de la catedral. Ella pensaba «Crimilda tiene que decirme por que me ha ultrajado la orgullosa mujer: si se ha alabado en verdad, le costará vida y cuerpo.»

Se acerca la noble Crimilda con muchos fuertes guerreros. Así le dijo la señora Brunequilda. «Detente aquí. Tú



me has llamado concubina ; demuéstramelo ; tus palabras me han herido, no debes ignorarlo. »

La hermosa Crimilda le respondió : « ¿ Por qué no me dejas pasar ? Yo lo pruebo con este anillo de oro que llevo en la mano. Sigfrido me lo trajo después de la noche que pasó contigo. » Nunca hubo para Brunequilda un día más funesto.

Ella le dijo : Ese noble anillo de oro me ha sido robado ; hace mucho tiempo me lo ocultan malvadamente. » Aquellas mujeres se sentían ambas arrastradas por una cólera muy grande.

Crimilda le dijo á su vez : « Yo no quiero pasar por una ladrona. Mejor hubieras hecho en callarte, si tanto estimas tu honor : pruebo con este cinturon que ajusta mi talle que no miento. Sigfrido ha sido tu amante. »

Llevaba un cordon de seda de Nínive con muchas piedras preciosas , que era muy hermoso. Cuando Brunequilda lo vió, comenzó á llorar. Fué menester que Gunter lo supiera y todos los que con él estaban.

La reina del país dijo : « Haced que venga el rey del Rhin ; quiero decirle de que manera me ha ultrajado su hermana. Ella ha dicho ante toda la gente que he sido la amada de Sigfrido. »

Llegó el rey con sus guerreros , vió llorando á su Brunequilda y le dijo con dulzura : « Dime, esposa querida, quien te ha inferido ofensa. » Así le contestó al rey. « Con razón estoy afligida. »

« Tu hermana quiere deshonrarme sin piedad y ante tí me quejo de ello , dice que su esposo Sigfrido ha sido mi amante. » El rey Gunter contestó : « Ha hecho muy mal. »

« Ella trae aquí mi cinturon, que yo había perdido y mi anillo de oro rojo. Si no procuras que yo quede libre de esta afrenta , señor , no te podré amar nunca más. »

El rey Gunter dijo : « Que lo llamen inmediatamente : es menester saber si en realidad se ha alabado de ello ó que el héroe del Niderland desmienta el hecho. » El fuerte Sigfrido fué llamado en el acto.

Cuando el héroe Sigfrido los vió tan descompuestos,

por que de aquello no sabía nada, dijo con vehemencia. « ¿Porqué lloran estas mujeres? Quiero saberlo: y también, ¿por qué causa se me ha llamado á mí? »

Así le contestó el rey Gunter: « Siento gran dolor en mi corazón. Mi esposa, la señora Brunequilda, me da la noticia de que te has alabado de ser su primer amante. Así lo sostiene tu esposa la señora Crimilda: ¿guerrero, has hecho tú eso? »

« Nunca lo he hecho » respondió Sigfrido « y si ella lo ha dicho, yo le haré comprender que nunca lo debió decir y quiero probarte, señor, con mi más sagrado juramento, ante todos estos guerreros, que jamás dije semejante cosa. »

El príncipe del Rhin dijo: « Házmelo saber de ese modo. El juramento que tú me ofreces prestar será causa de que aleje de mi toda sospecha de que mientes. » Los Borgoñones se agruparon todos formando un círculo.

El fuerte Sigfrido levantó la mano en señal de juramento. El rico rey dijo: « Tu completa inocencia me ha sido perfectamente demostrada: Quedo convencido de que tú no has dicho lo que Crimilda afirma. »

El atrevido Sigfrido respondió: « Caro pagará el haber affigido á tu hermosa esposa, esto me causa el mas grande de los pesares. » Los dos nobles y fuertes guerreros se miraron frente á frente.

« Debía enseñárseles á las mujeres, añadió Sigfrido el héroe, á prescindir de todas esas palabras insolentes. Prohíbeselo á tu esposa, yo haré lo mismo con la mía. Tal inconveniencia me causa honda pena. »

Muchas hermosas mujeres quedaron separadas, no sin razón. Tal era la aflicción de Brunequilda, que muchos de la gente de Gunter sintieron piedad. Hagen de Troneja se acercó á su reina.

Le preguntó que tenía, por que la hallaba llorando. Ella le dió la noticia. Él le prometió levantando la mano, que el esposo de Crimilda sufriría la pena, ó nunca él se había de entregar á la alegría.

En tanto pronunciaban estas palabras llegaron Ortewein y Gernot. Estos héroes acordaron la muerte de Sigfrido.

También llegó Geiselher, el arrogante hijo de Uta; al escuchar sus razones les dijo con lealtad:

« ¡Oh! buenos guerreros, ¿porqué vais á hacer eso? Sigfrido no merece un odio tal que sea necesario quitarle vida y cuerpo. La menor ofensa excita el odio de las esposas. »

« ¿Acataremos á bastardos? preguntó Hagen: de esto no resultará honor ninguno para muchos guerreros. Por cuanto él se ha alabado de mi amada reina, menester es darle muerte ó que yo perezca. »

El rey mismo dijo: « Nada nos ha hecho él, que no sea por nuestro bien y nuestra gloria: dejémosle la vida. ¿Qué os parecería si yo odiase á ese guerrero? Siempre nos ha sido fiel. »

Así habló el héroe de Metz, el señor Ortewein: « De nada le podrá servir su gran fuerza. Si me lo permitís yo le causaré todo el mal posible. » Desde entonces los guerreros fueron enemigos suyos, sin razón ninguna.

Nadie volvió á pensar en ello sino Hagen que con frecuencia decía á Gunter que si Sigfrido dejara de vivir, él tendría bajo su poder muchos reales dominios. El héroe se tornó sombrío.

Quedó así y de nuevo comenzaron los torneos. ¡Oh! cuantas fuertes lanzas se rompieron desde la catedral al palacio delante de la esposa de Sigfrido! Con gran descontento se veía á muchos de los hombres de Gunter.

El rey dijo: « Dejad ese furor sanguinario. Él ha nacido para nuestro honor y nuestro orgullo; si con su terrible fuerza este hombre maravilloso supiera vuestros designios, no podríais resistirlo. »

« En manera alguna », replicó Hagen, « como quieras consentirlo puedo prepararlo todo secretamente. Él pagará la pena de Brunequilda. Por lo demás, Hagen será siempre un enemigo para él. »

Así le preguntó el rey Gunter: « ¿Cómo puede conseguirse eso? » Inmediatamente, le respondió Hagen. « Voy á decíroslo: nosotros haremos caminar por este país á unos mensajeros que no sean conocidos y que vendrán á declararos la guerra. »

« Enseguida haréis saber á vuestros huéspedes que vais á salir á la defensa con toda la gente: yo conseguiré el medio de matarlo y me lo dará la misma esposa del fuerte guerrero. »

El rey siguió malvadamente el consejo de su vasallo. Aquellos distinguidos caballeros comenzaron á disponer la horrible traición sin que nadie lo supiera: el rencor de las dos mujeres, hizo que murieran muchos héroes.

XV.

DE COMO HICIERON TRAICIÓN Á SIGFRIDO.

A la cuarta mañana, se vió entrar á treinta hombres que caminaban á caballo: anunciaron á Gunter el rico que iban á desafiarlo. Esta mentira, causó á las mujeres grandísimo dolor.

Obtuvieron audiencia y se presentaron ante la corte. Dijeron que eran gentes enviadas por Ludegero, el mismo al que la mano poderosa de Sigfrido había vencido y llevado prisionero al país del rey Gunter.

Este saludó á los mensajeros y los hizo sentar. Uno de ellos dijo. « Dejad que permanezcamos de pié, hasta que digamos el mensaje que os traemos: tenéis por enemigos, no lo ignoréis, á los hijos de muchas madres.

« Ludegasto y Ludegero, á los que en otro tiempo habéis hecho sufrir grandes males, os desafían. Quieren atacar vuestro país con un ejército. » El rey comenzó á manifestarse irritado cuando supo tal noticia.

Hicieron que los falsos mensajeros se retiraran, á sus alojamientos. ¿De qué modo nadie, ni Sigfrido, se hubiera podido librar de aquellas maquinaciones? Pero más tarde el dolor fué para los que las habían preparado.

El rey siguió el complot con sus amigos: Hagen de Troneja no le dejaba descansar. Los fieles al rey hubieran querido darlo todo al olvido, pero Hagen no abandonaba por nada su proyecto.

Un día Sigfrido los halló tratando de su traición. El héroe del Niderland comenzó á interrogarlos: « Por qué están tan tristes el rey y sus guerreros? si alguno os ofendió, yo os ayudaré para que todos quedéis vengados. »

El rey Gunter dijo: « Estoy pesaroso y no sin motivo. Ludegero y Ludegasto me han desafiado y quieren atacar á mi país con un ejército. » El valiente héroe respondió « El brazo de Sigfrido,

Os ayudará contribuyendo á vuestra gloria. Los trataré de nuevo como la otra vez. Convertiré en desiertos sus ciudades y sus campos, antes de volver. Os respondo con la cabeza. »

« Vos con vuestros guerreros permaneceréis aquí. Dejad que yo con los míos salga al encuentro del enemigo, os probaré cuan dispuesto estoy á servirlos. Sabedlo bien, yo solo bastaré para que vuestros enemigos sufran grave daño. »

« Mucho me alegran tus palabras », le respondió el rey como si en realidad se sintiera favorecido por la ayuda que le ofrecían. El traidor se inclinó profundamente con falsía. El noble Sigfrido le dijo: « No tengais cuidado ninguno. »

Caballeros y escuderos se prepararon para la expedición, si bien todo aquello era no más que para engañar á Sigfrido y á los suyos. Ordenó á los que con él habían venido del Niderland, que estuvieran preparados, y los guerreros de Sigfrido dispusieron sus aprestos de guerra.

Así dijo el fuerte Sigfrido: « Padre mío Sigemundo, permaneced en este país: si Dios nos protege, pronto volveremos á las orillas del Rhin. Permaneced aquí alegre y contento al lado del rey. »

Lo mismo que si fueran á partir desplegaron las banderas. Había allí un crecido número de hombres de Gunter que no sabían lo que había ocurrido. Un gran número de señores rodeaban á Sigfrido.